







[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

*María*

1867, Jorge Isaacs

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-72-8

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Delfín S.A.S.

Primera edición en Loqueleo Colombia: agosto de 2016

Segunda reimpresión: enero de 2018

Prólogo:

Pablo Montoya

Estudio de obra:

Cristo Figueroa

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Pintura de la cubierta:

Ramiro Ramírez

Diseño de cubierta:

Sandra Restrepo

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Forge Isaacs

*María*

loqueleg



## Prólogo

La pregunta que usualmente se hace, frente a los clásicos de la literatura, es si vale la pena leerlos. Y la respuesta casi siempre termina siendo afirmativa. Las razones son múltiples. Una de ellas, tal vez la que se impone con mayor fuerza, es que esas obras que permanecen en el tiempo, pese a todos los ataques que se le endilgan, enseñan a comprender mejor alguna faceta del mundo y sus hombres: el amor, la guerra, la muerte, la enfermedad, el poder, el viaje, el paisaje. Otra es el puesto inaugural que los clásicos ocupan en la conformación de un género literario o de una literatura nacional. Y otra, no menos significativa, es la eficacia del lenguaje con que están escritas.

7

Con *María*, una de las grandes novelas latinoamericanas y la más importante del siglo XIX colombiano, sucede algo particular. Se dice que es un clásico y, por lo tanto, su lectura ha de ser obligatoria. Pero, de inmediato, aparecen los obstáculos que espantan el interés de los nuevos lectores. Aquellos son aspectos que tienen que ver con su recepción literaria, es decir, de cómo se ha leído y entendido esta novela desde su publicación hasta nuestros días.

Se sigue pensando que *María* es una novela para llorar. Lágrimas van y lágrimas vienen desde la advertencia *A los hermanos de Efraín*, con que inicia la obra, hasta su fúnebre escena final. José María Vergara y Vergara, uno de los mentores del joven Isaacs en Bogotá, señalaba esta esencia lagrimsosa: “Las mujeres lo han recibido [se refiere a *María*] con emoción profunda, han llorado sobre sus páginas, y el llanto de la mujer es verdaderamente el laurel de la gloria”. Según Vergara y Vergara son las mujeres las que popularizan los libros bellos y esto fue suficiente para que la primera y única novela de Jorge Isaacs estuviese asociada con la imagen romántica de una fémina con el libro en una mano y el pañuelo en la otra.

Germán Arciniegas, por su parte, dice que todo el siglo XIX latinoamericano, ese siglo sangriento y pueril, y en donde están las bases de nuestro escandaloso y sentimental nacionalismo, lloró con la historia de estos enamorados colombianos, quizás lo más emblemáticos de nuestra historia. Y si el llanto fue el toque encantador de *María* para una buena parte de los lectores de entonces y de después, para otros serviría de argumento para afirmar que la novela no es más que una melosería insípida o una tontería de época con un telón de fondo geográfico ciertamente interesante.

Con todo, esto de llorar tanto por una historia de amor en donde no hay ni siquiera un beso en la boca de los amantes es como una exageración. De ahí que la novela de Isaacs, para estos nuevos lectores, pueda resultar monótona en su sensibilidad exacerbada. Y es que *María*, como lo señaló Antonio Curcio Altamar, narra una pasión desde un punto de

vista ensoñador, dejándose a un lado los otros elementos. Sin embargo, el siglo XXI, a pesar de lo que se dice de él y de sus transformaciones en el *modus operandi* del amor y su erotismo, sigue conmoviéndose con los galanteos tiernos y los desenlaces fatales de algunos enamorados.

Tal rasgo de *María*, que la eleva a la cima de las novelas sentimentales del romanticismo, se relaciona con la cuestión del pudor hispánico que se trasladó a las clases pudientes colombianas del siglo XIX, esa excesiva decencia que caracterizó a las familias latifundistas, que recrea Isaac y que habría de moldear nuestra república católica en esos años bélicos. Y la verdad es que a los lectores jóvenes de ahora, gentes que ven la sexualidad como parte natural de la expresión amorosa, enfrentar una novela tan recatada significa pasar una prueba.

Sin duda el conservadurismo sexual de María y Efraín alcanza límites marianos. De hecho, una de las imágenes que propone el narrador es el de una María parecida a una de las madonas de Rafael. Pero, al mismo tiempo, este amor virginal está estremecido de principio a fin por el ansia sexual. Una exquisita gama de aromas florales se despliega entre María y Efraín. Hay un juego delicioso de insinuaciones que está ahí, entretejido en las páginas, solo para el goce de los lectores que se atrevan a seguirlo. Y la naturaleza, que siempre se enlaza con los estados de melancolía y tristeza, de deseo y felicidad en la novela, acompaña de manera encomiable la evolución de este amor.

*María* imita, por otra parte, algunas novelas románticas europeas. Los amores que se describen en sus páginas le de-

ben mucho a *Pedro y Virginia* de Bernardine de Saint-Pierre, a *Atala* de Chateaubriand, y a *Graziella* de Lamartine. Hay en Isaacs también elementos que vienen del *Werther* de Goethe y de algunas novelas de Walter Scott. De cualquier modo, el romanticismo de Isaacs es tardío. En Europa ya estaban pasadas de moda estas historias de amor fatal atravesadas de escenas exóticas, cuando Isaacs, casi medio siglo después, publicó *María*, en 1867. Pero así estuviera rezagada con respecto al panorama de las letras universales, *María* representa un caso ejemplar si se tiene en cuenta este asunto de las influencias. En ella, como lo dice Anderson Imbert, “no hay una fuente única, es todo un aire histórico y literario el que Isaacs nos hace respirar”.

Hay un elemento más, digno de mencionar en *María*. En sus páginas se presenta una idealización no solo de un amor de adolescencia, sino de un entorno. En la novela hay un orden de cosas tocado por la armonía social. La familia hacendada a la que pertenecen los enamorados es un modelo que continuamente se canta. La felicidad existe en sus relaciones. Amos y esclavos, blancos, mestizos y negros, simpatizan de una manera idílica. El amo es comprensivo, generoso, sabio y los esclavos obedientes, sumisos, agradecidos. La hacienda El Paraíso la construye Isaacs como una verdadera utopía en donde solo hay dos fantasmas: la enfermedad de María y la quiebra familiar que, entre otras cosas, no se entiende muy bien por qué motivos acaece.

¿Qué país entonces se muestra en la novela? Por supuesto no el país real vapuleado por las guerras civiles. No un orden humano basado en la inequidad, la corrupción, el

caos y la improvisación que fueron los distintivos de Colombia en sus primeras décadas de vida republicana. Algunos han dicho que *María* es simplemente una mistificación del latifundio caucano de la primera mitad del siglo XIX (latifundio que, no se olvide, estaba basado en la esclavitud, y que caería en desgracia con las medidas antiesclavistas y del libre comercio propiciadas por los burgueses del radicalismo colombiano). Y ya se sabe que tales medidas, justamente, fueron las que llevaron a la quiebra económica de la familia de Isaacs y a la desaparición de su paradisíaco ambiente.

11

Esto, por supuesto, no quiere decir que los capítulos dedicados a las relaciones que los amos mantienen con sus esclavos o siervos en la novela sean falsos o carezcan de interés. Al contrario, son pasajes memorables desde el punto de vista del costumbrismo; ya que estamos ante una obra construida sobre varios pilares, y uno de ellos es el interés, por parte del narrador, de nombrar zonas de la vida popular hasta entonces ocultas para la literatura. Hay muchos momentos en los que afloran, con vitalidad, el léxico del habla popular, las formas de vestir, de cocinar, de rezar y de amar de esas gentes que vivieron hace tantos años en el Valle del Cauca.

Ahora bien, no creo que *María* sea endeble en su trama por su escasa intriga y sus pocas aventuras. O que la presencia de tanto ensueño vaya en detrimento del espesor psicológico de sus personajes. Estos son, por lo general, cuestionamientos hechos por críticos un poco exigentes. Esta novela debe leerse entendiendo que es el producto de

un escritor colombiano del siglo XIX, rodeado por todas partes de limitaciones. *María* es, ante todo, una lección inolvidable de cómo un escritor de provincia, lejano de los centros culturales, en medio de coordenadas en donde existía una mínima tradición narrativa, logra construir un novela genuina con las herramientas que tenía a su mano.

12 Muestra de ello es cómo Isaacs enlaza los principales episodios —las escenas de la caza del tigre y el venado, los encuentros con las familias campesinas, la historia de Nay y Sinar, el paso de Efraín por el río Dagua— con la principal trama amorosa. Muestra de ello es el equilibrio magnífico que se logra entre las descripciones de la naturaleza y la evolución de ese hermoso y fatal amor. Muestra de ello son los diálogos magistrales que ayudan a que la novela fluya con eficacia. Muestra de ello es la manera en que están diseñados los personajes, pues, al terminarse la lectura, cada uno de ellos, desde los amantes protagonistas hasta los animales y las plantas, quedan resonando en el lector de forma única.

Pedro Gómez Valderrama dice que *María* es un libro “discreto y hermoso que permanece en los anaqueles a la espera de alguien que lo lea”. Y es discreto porque su autor lo escribió para sanarse de una pérdida amorosa y familiar. Pero, en su humilde discreción, terminó creando las bases de lo que sería nuestra narrativa y, también, nuestra poesía. Porque *María* es un libro hermoso en la medida en que es escrito por un poeta. Y no cabe duda de que si la novela que se escribirá después en Colombia viene de esta obra insular, una buena parte de su poesía, o al menos la que se ha

ocupado de la naturaleza y el amor, proviene también de ella. Sin *María* es imposible la aparición de un José Asunción Silva, de un José Eustasio Rivera, de un Aurelio Arturo, de un Álvaro Mutis y de un William Ospina.

Borges, en 1937, escribió que *María* setenta años después de su aparición seguía siendo legible. Ahora que he vuelto a ella, casi ochenta años después de la relectura de Borges, cuando nuestra cotidianidad es gobernada por el vértigo de las redes sociales y el mundo del amor y el paisaje natural se ha desacralizado tanto, creo entender que no solo es legible, sino que es una novela conmovedora dueña de la frescura propia de los clásicos.

13

Pablo Montoya  
*Envigado, junio de 2016*



## A los hermanos de Efraín

He aquí, caros amigos míos, la historia de la adolescencia de aquel a quien tanto amasteis y que ya no existe. Mucho tiempo os he hecho esperar estas páginas. Después de escritas me han parecido pálidas e indignas de ser ofrecidas como un testimonio de mi gratitud y de mi afecto. Vosotros no ignoráis las palabras que pronunció aquella noche terrible, al poner en mis manos el libro de sus recuerdos: “Lo que ahí falta tú lo sabes: podrás leer hasta lo que mis lágrimas han borrado”. ¡Dulce y triste misión! Leedlas, pues, y si suspendéis la lectura para llorar, ese llanto me probará que la he cumplido fielmente.



Era yo niño aún cuando me alejaron de la casa paterna para que diera principio a mis estudios en el colegio del doctor Lorenzo María Lleras, establecido en Bogotá hacía pocos años, y famoso en toda la República por aquel tiempo. 17

En la noche víspera de mi viaje, después de la velada, entró a mi cuarto una de mis hermanas, y sin decirme una sola palabra cariñosa, porque los sollozos le embargaban la voz, cortó de mi cabeza unos cabellos: cuando salió, habían rodado por mi cuello algunas lágrimas suyas.

Me dormí llorando y experimenté como un vago presentimiento de muchos pesares que debía sufrir después. Esos cabellos quitados a una cabeza infantil; aquella precaución del amor contra la muerte delante de tanta vida, hicieron que durante el sueño vagase mi alma por todos los sitios donde había pasado, sin comprenderlo, las horas más felices de mi existencia.

A la mañana siguiente mi padre desató de mi cabeza, humedecida por tantas lágrimas, los brazos de mi madre. Mis hermanas al decirme sus adioses las enjugaron con besos. María esperó humildemente su turno y, balbuciendo su

despedida, juntó su mejilla sonrosada a la mía, helada por la primera sensación de dolor.

18 Pocos momentos después seguía yo a mi padre, que ocultaba el rostro a mis miradas. Las pisadas de nuestros caballos en el sendero guijarroso ahogaban mis últimos sollozos. El rumor del Zabaletas, cuyas vegas quedaban a nuestra derecha, se aminoraba por instantes. Dábamos ya la vuelta a una de las colinas de la vereda, en las que solían divisarse desde la casa viajeros deseados; volví la vista hacia ella buscando uno de tantos seres queridos: María estaba bajo las enredaderas que adornaban las ventanas del aposento de mi madre.

Pasados seis años, los últimos días de un lujoso agosto me recibieron al regresar al nativo valle. Mi corazón rebosaba de amor patrio. Era ya la última jornada del viaje, y yo gozaba de la más perfumada mañana del verano. El cielo tenía un tinte azul pálido: hacia el oriente y sobre las crestas altísimas de las montañas, medio enlutadas aún, vagaban algunas nubecillas de oro, como las gasas del turbante de una bailarina esparcidas por un aliento amoroso. Hacia el sur flotaban las nieblas que durante la noche habían embozado los montes lejanos. Cruzaba planicies de verdes gramales, regadas por riachuelos cuyo paso me obstruían hermosas vacadas, que abandonaban sus sesteaderos para internarse en las lagunas o en sendas abovedadas por florecidos písamos e higuerones frondosos. Mis ojos se habían fijado con avidez en aquellos sitios medio ocultos al viajero por las copas de añosos guaduales; en aquellos cortijos donde había dejado gentes virtuosas y amigas. En tales momentos no habrían conmovido mi corazón las arias del piano de U\*\*\*: ¡los perfumes que aspiraba eran tan gratos, comparados

con el de los vestidos lujosos de ella, el canto de aquellas aves sin nombre tenía armonías tan dulces a mi corazón!

20 Estaba mudo ante tanta belleza, cuyo recuerdo había creído conservar en la memoria porque algunas de mis estrofas, admiradas por mis condiscípulos, tenían de ella pálidas tintas. Cuando en un salón de baile, inundado de luz, lleno de melodías voluptuosas, de aromas mil mezclados, de susurros de tantos ropajes de mujeres seductoras, encontramos aquella con quien hemos soñado a los diez y ocho años y una mirada fugitiva suya quema nuestra frente, y su voz hace enmudecer por un instante toda otra voz para nosotros, y sus flores dejan tras sí esencias desconocidas; entonces caemos en una postración celestial: nuestra voz es impotente, nuestros oídos no escuchan ya la suya, nuestras miradas no pueden seguirla. Pero cuando, refrescada la mente, vuelve ella a la memoria horas después, nuestros labios murmuran en cantares su alabanza, y es esa mujer, es su acento, es su mirada, es su leve paso sobre las alfombras, lo que remeda aquel canto, que el mundo creará ideal. Así el cielo, los horizontes, las pampas y las cumbres del Cauca hacen enmudecer a quien los contempla. Las grandes bellezas de la creación no pueden a un tiempo ser vistas y cantadas: es necesario que vuelvan al alma, empalidecidas por la memoria infiel.

Antes de ponerse el sol, ya había yo visto blanquear sobre la falda de la montaña la casa de mis padres. Al acercarme a ella contaba con mirada ansiosa los grupos de sus sauces y naranjos, al través de los cuales vi cruzar poco después las luces que se repartían en las habitaciones.